

dó España en paz, si tal dictado merece la carencia de guerra formal, hasta que se efectuó en Roma la revolución que dió á Octavio el imperio del mundo. Hasta entonces estuvo titubeando entre los tres triunviros; pero, como llevamos dicho, sin sonido ni esplendor. Octavio triunviro se nombró á ejemplo de César una guardia española; solo con ella se conceptuaba escudado mayormente cuando fingiéndose amigo de Antonio, vivia reservadamente receloso de su bastardía depravada. Bajo el reinado de los triunviros, contra la práctica de Roma, que no elegia ningun cónsul que no fuera ciudadano romano, un español, Lucio Cornelio Balbo, natural de Cádiz, fué elegido cónsul á pesar de ser estrangero y obtuvo los honores del triunfo.

Al advenimiento de Octavio al trono imperial bajo el nombre de Augusto (1), las provincias de España, que llevaban cerca de doscientos años de penas, atropelladas por los romanos, esperanzaron un porvenir mas halagüeño; y en efecto, España mas bien vino á aventajar que á desmerecer con el cambio acaecido en las leyes fundamentales de la gran dominadora del mundo. Poco tardó en presentarse en las provincias antiguamente conquistadas, un nuevo aspecto político, una nueva decoracion, un estado de negocios diferente y un órden diametralmente opuesto al que habia precedido. Bajo el imperio de Augusto, Roma se mostró mas ansiosa de conservar y mejorar las conquistas que tenia hechas, que codiciosa de otras nuevas; y en su consecuencia se afaná en civilizar, instruir y casi igualar á sí misma los súbditos que le habian grangeado las armas. En aquella época recibió España un empuje eficaz para su propia hermandad: dejó de verse sajada de un número casi infinito de naciones que no se conocian mutuamente mas que por las relaciones que suelen plantear imprescindiblemente entre los hombres un mismo clima y una idéntica situacion geográfica. Reunida España en una sola nacion bajo el poder de un solo hombre, de un déspota, pero cuyo absolutismo fué verdaderamente ilustrado desde el momento que fué el único dueño; allanada á un régimen entonado y predispuesto, se halló mejor que bajo la tiránica dominacion de caudillos militares cuyo albedrío caprichoso habia estado tanto tiempo padeciendo. En la division de provincias hecha entre Augusto y el senado, que avasallaron y estraga-

ron los emperadores con miramientos aparentes, toda la parte de España no comprendida bajo el nombre de Bética se llamó provincia *imperial*, la Bética se llamó provincia *senatoria*. Esta diferente denominacion espresaba dos estados políticos muy diversos: las provincias senatorias estaban bajo el gobierno del senado; no habia en ellas legion alguna; al contrario, las imperiales estaban enteramente ocupadas por las tropas del emperador. Estaba manifestando esta particularidad que no se hallaban aun avasalladas, ó por mejor decir, que no estaban avasalladas á la obediencia; al paso que en las demás era cabal y casi voluntario el rendimiento. Corrió la España á cargo de dos magistrados supremos, el uno residente en Bética y el otro en Lusitania, gobernando diversamente, segun la diferencia que acabamos de espresar, el uno por el senado, y el otro en nombre de César. Segun Estrabon, fecha ya de aquella época la alteracion sobredicha en costumbres y usos de los españoles, y los trocó muy pronto en verdaderos romanos.

Una de las primeras gestiones de Octavio fué decretar, segun práctica de potentados, quienes realmente están muy ajenos de afanarse por la eternidad, que la España vendria á ser ya siempre una provincia tributaria de Roma. Esta disposicion abarcaba el país por entero bajo las mismas leyes, á saber, las romanas, planteando sin embargo, como se ha visto, suma distincion entre las dos partes de la península; y se conceptuó tan grandioso y trascendental aquel decreto que sirvió de base y denominacion para una era nueva y diverso sistema cronológico, y el año de su promulgacion fué el primero de la era llamada española que estuvo en uso mucho tiempo.

El emperador Augusto trató tan solo de ir consolidando mas y mas su arrebatado poderío, y reinando al arrimo de su ejército, vinculó en él todo su conato. Trató de granjearse á todo trance el cariño de quien fraguaba los emperadores; se esmeró en disciplinarlo y galardonar sus servicios militares, pero discreta y comedidamente, sin escitar los ímpetus ambiciosos que vagaban antes con absoluto desenfreno; fué distribuyendo acá y allá por las diversas posesiones romanas las legiones victoriosas, sus ensalzadoras á la soberania. De las veinte y cinco legiones que se habia conservado, destinó tres á España, lo que prueba que contaba con la sumision del país, puesto que habia conceptuado conveniente el enviar hasta ocho á las orillas del Rhin, y aun cuatro á las del Danubio, donde los romanos apenas tenian la menor posesion. Recibió España una

(1) Año de Roma 725 (28 antes de Jesucristo.)

nueva division en tres grandes provincias, la Tarraconense, la Lusitania y la Bética: considerando á esta última como la mas pacífica en comparacion de las demás, la cedió al senado para que siguiese administrada por el sistema corriente; y se reservó para sí el gobierno absoluto de las otras dos, como mas belicosas. Algunos han querido ver en este acto del nuevo emperador una demostracion de acatamiento para con el senado: otros lo que nos parece mas probable, no hallan en él mas que sumo afan por destroncar la prepotencia del senado, y aparentando anhelos de favorecerle, robustecer el poderío del emperador, además de que so pretexto de dominar las provincias belicosas, concentraba en estas todas las legiones, y de este modo, no solamente era árbitro y dueño de las fuerzas militares del imperio, sino tambien de las del senado.

Era por otra parte esta division mas geográfica que política. Abarcaba, es verdad, toda la España en su constitucion física, mas no todos sus pueblos. Las armas romanas no habian trascendido aun á todos los puntos de la península. No habian los romanos subyugado todavía ni aun conocido de cerca á los cántabros ni á los asturos, pues jamás habian llegado á internarse por sus concejos, á lo menos con las legiones. Estos pueblos, indómitos y arrogantes ya entonces, como lo han sido siempre, retirados en sus serranías, habian seguido conservando su libertad. Mientras que la parte mas meridional de la península se habia ido ya doblegando al yugo voluntariamente, si cabe, por sí solos estaban retando desde sus riscos inaccesibles á los dueños de España y del mundo entero. Por el mediodía y costas marítimas fué por donde los cartagineses habian comenzado aquel turbion de fracasos asoladores de la península. Cuando los romanos conquistaron á España, encontraron los pueblos del mediodía avezados ya á la servidumbre padecida bajo el tiránico yugo de los cartagineses, siéndoles así mas asequible su permanencia en aquella parte del pais que por el interior, y sobre todo que el sojuzgar á los montañeses del norte de la nacion. Añádese á esto las riquezas del suelo, los productos de la industria, la abundancia de dinero que se encontraba en las provincias meridionales, y la falta de la mayor parte de estos logros por las serranías; y se comprenderá fácilmente por qué el afan de los conquistadores se encaminó antes á las costas de mediodía y poniente que á las montañas. El centro de España, por sí solo pais rico y abundante, estuvo ocupando por espacio de mas de un siglo gran parte de las fuerzas de la república, y vino á quedar aun mal subyugado

por los capitanes romanos mas esclarecidos tras inauditos conatos.

Las montañas habian quedado independientes, la política y la gloria de Augusto estaban exigiendo que España fuese suya por entero; y se arrojó á conquistar aquellos pueblos rústicos y ufanos reducidos á lo absolutamente necesario, que no conocian el uso de la moneda, y á quienes, segun dice Mariana, un dios adverso ó propicio habia dispensado de las artes y del lujo. Los romanos se les habian acercado hasta incomodarles algunas veces; los austrigones, los murbojes, los vacceos, pueblos que confinaban con los asturos y cántabros, habian quedado terminantemente incorporados con el imperio. Varias veces los asturos y cántabros habian estendido ya sus correrías hasta el territorio de los tres concejos que acabamos de nombrar. Estas algaradas desasosgararon en gran manera á los romanos, que estaban ya ocupando aquel pais. Siguiéronse algunos encuentros, en los que los montañeses dieron pruebas de un denuedo y entereza tal, que la fama de sus proezas ocasionó suma desazon á Augusto: de aquí se originó la guerra contra los asturos y cántabros, la última de notable entidad entre los romanos y los pueblos de la península.

Los historiadores no están acordes sobre lo que pudo mover á Augusto á encargarse en persona de la direccion de esta guerra. La opinion mas fundada es, que hallándose el emperador en Narbona, desde donde queria pasar á las islas británicas, tambien mal sojuzgadas, supo á un tiempo la sublevacion de los salasios, que habitaban al pie de los Alpes, y el embate de los cántabros y asturos en los dominios del imperio; que temiendo poco á la primera, envió á Terencio Varron contra los salasios; pero que juzgando la otra mas árdua de contrarrestar, pasó los Pirineos para presenciar la rendicion del único pueblo de la península que se mostraba rebelde á los romanos. Esto sucedia durante el consulado octavo de Augusto, esto es, en el año de Roma 726 (1).

Marchó al frente de su ejército contra los cántabros, y envió al pretor Carisio contra los asturos. Habiendo llegado á Sejisamo, hoy Sasamon, entre Burgos y el Ebro, plantó su campamento, y trató varias veces, pero en vano, por medio de ataques parciales, de provocar al enemigo á una batalla general. Aquellos montaraces sin caudillo formaron una hueste: divididos en una infinidad de cuerpos dimi-

(1) 27 antes de Jesucristo.

nutos, eran, como ahora mismo, únicamente guerrilleros, y estaban día y noche hostigando y persiguiendo á los romanos, tanto en su campamento como en las marchas, sin poder estos alcanzar jamás á sus enemigos. Aparecían y desaparecían con una prontitud asombrosa. Arrojadlos y terribles en el avance, era imposible haberlos en la fuga; rechazados y perseguidos, se enriscaban al punto entre sus breñas, cuyos senderos conocían ellos solos; salían luego y se descolgaban sobre los romanos cuando menos lo presumían. Eran unas continuas alertas, refriegas desafortunadas é irracionales, y desapariciones milagrosas; en fin, cuanto en la guerra de 1808 estuvo acosando á los soldados de Napoleon, vino á suceder ya entonces con circunstancias en extremo semejantes. Augusto tenía una escuadra que iba facilitando desde la costa todas las operaciones terrestres: pero jamás se presentaron los cántabros en número crecido; jamás se comprometieron en refriega decisiva; dejaban allá los llanos y sierras menores practicables al enemigo, reservándose las cumbres, donde parecía que solo á ellos cabía encaramarse y tener su morada.

Cansado de una guerra interminable, mal hallado con tan porfiada resistencia, Augusto se retiró al cabo de algunos meses á Tarragona, encargando el ejército á Cayo Antistio, que era uno de sus mejores lugartenientes. Sobresalió este con su ahínco y desempeño, y fué mas afortunado que Augusto, logro impropio en un palaciego; pero en fin, estrechando á los cántabros y aparentando luego una retirada, consiguió atraerlos á las llanuras, bajo los muros de Velica, situada cerca del origen del Ebro. Allí los embistió y acorraló repentinamente, de modo que la acción se hizo general, y la victoria quedó por los romanos. Algunos historiadores atribuyen á Augusto el timbre de esta jornada; pero nada consta sobre el particular. Derrotados los cántabros, no se atrevieron á dirigirse á la costa, porque sabían que estaba resguardada con otras cohortes romanas: se retiraron hácia las gargantas del monte Vindio, uno de los mas considerables de la cordillera de los cántabros. Los fugitivos encontraron tambien por aquella parte á los romanos, que les habían atajado el camino, apoderándose del pueblo de Aracilo, hoy Aradillos, situado á una legua de Fuentibre. Los historiadores que atribuyen la batalla de Velica á Augusto, suponen que persiguió en persona á los cántabros, y que por enfermar en Aracilo, se retiró á Tarragona. Carecemos de datos para zanjar esta cuestión. Lo único que hay de positivo es que Antistio se granjeó grandísima gloria con la victoria

referida, de donde se deduce muy fundadamente que se debe atribuir á él todo, ó á lo menos en gran parte este suceso. Encontrando cerrado todo paso para refugiarse en el monte Vindio, tuvieron que acudir á las montañas llamadas hoy *las Médulas*, creídas entonces inaccesibles. Pero apenas se habían encumbrado, aparecieron los romanos á la falda cercándola de todo punto. Sin embargo no se atrevieron á perseguir á los fugitivos en aquella posición inespugnable, pues era inasequible el intento; y así recurrieron al método estratégico cuyos resultados en conclusion vienen á ser incontrastables. Antistio mandó hacer una línea de circunvalación al rededor del monte, en otros términos un foso ancho y profundo que abarcaba cinco leguas en contorno, torreado de trecho en trecho, é imposibilitando toda salida, cual otro sitio de Numancia. Pero repetía la España mas y mas aquellos ejemplares de cariño desalado á la libertad. Acorralados de extremo á extremo y deshauciados de salvamento, acordaron darse mutuamente la muerte, y ejecutaron esta resolución con un denuedo y teson increíbles, á no afirmarlo terminantemente los historiadores mas fidedignos. Los asturos que se hallaban reunidos á los cántabros, despues de varias tentativas infructuosas para aportillar los atajadizos, propusieron implorar la clemencia del vencedor; pero fué tal el furor que esta proposición causó á los cántabros, que asestaron entonces sus armas contra los compañeros que habían incurrido en la flaqueza de pensar en rendirse á los romanos; y tras una lucha reñidísima, los fueron arrollando en número de diez mil hasta las trincheras romanas. Los historiadores no están acordes sobre este hecho; los unos cuentan que en medio de la refriega, los romanos atacaron á los combatientes haciéndoles á casi todos prisioneros; que en seguida los crucificaron con la mayor crueldad; que fué tal el desprecio que los cántabros mostraron de los tormentos y la muerte, que perecieron casi todos cantando. Segun tradición muy diversa, rechazados los asturos hasta cerca de la línea de circunvalación, pidieron rendirse bajo algunas condiciones; pero Tiberio, yerno de Augusto, se negó á admitir composición alguna; y entonces, disparándose en raptos desesperados, los unos se traspasaron con sus espadas, y los otros fueron bebiendo un veneno sacado de las ramas del tejo (1), pereciendo casi todos ge-

(1) Quod ibi vulgo ex arboribus taxeis exprimitur. Flor., libro IV, cap. 12.

nerosamente antes que alargar sus manos á las cadenas. Así feneció la libertad cantábrica, con este ejército que allí se habia refugiado, compuesto de toda la juventud de aquella nacion. Sin embargo la mortandad no fué completa. Los romanos reservaron veinte y tres mil; ó por mejor decir, veinte y tres mil no tuvieron tiempo de darse la muerte y fueron desarmados. Trataron de incorporar un gran número de prisioneros en las legiones, y los restantes fueron vendidos públicamente al mayor postor; porque era á la sazón la servidumbre una de las plagas mas horrorosas de la civilización romana: pocos sobrevivieron á la pérdida de su libertad, y la mayor parte se dieron la muerte.

Así fué subyugada Cantabria por primera vez; faltaba sojuzgar á los asturos para redondear la empresa. El mismo Augusto se puso al frente de la mitad de su ejército para hostilizarlos, encargando la otra mitad á Carisio, destinada á perseguir á aquellos que se habian retirado á Lusitania. Salieron estos al encuentro á Carisio, y aceptaron al momento la batalla: el trance fué tremendo, y duró dos dias enteros: en fin, quedó Carisio vencedor. El valor de sus enemigos le dejó atónito, y complaciéndose en dar públicamente un testimonio de su bizarría, declaró que en nada era inferior á la de los mismos soldados romanos. Los asturos, que no habian desamparado su país, hicieron una resistencia tenacísima á Augusto y á su teniente Antistio: habianse resguardado con trincheras casi inexpugnables por la ribera del Ezla, cerca de Astúrica, en el reino de Leon; pero Augusto se apoderó de Lancia, su plaza de armas, y con ella vinieron á perder su arrimo fundamental, el quicio de su pujanza, y en breve quedaron absolutamente avasallados. Augusto exigió rehenes de los principales concejos; mandó vender como esclavos casi todos los prisioneros hechos en esta guerra, pero sobre todo los mas azarosos, esto es, los mas valientes. A ejemplo de César, obligó á los habitantes de las montañas á irse avecindando por las llanuras vecinas, y mandó abrir minas en el país por artifices mas instruidos en beneficiarlas que los habitantes (1). Finalmente, enfrenó los pueblos conquistados con mas inteligencia que sus antecesores, pues á lo menos fué derramando por todas partes á su tránsito por España ciertos asomos de civilización que fueron mas y mas pros-

perando. Edificó palacios y monumentos provechosos, como tambien fortalezas, fundando ademas crecido número de colonias, que solian ser el refugio y recompensa de los veteranos. Entonces fué cuando Salduba (Zaragoza), engrandecida, tomó el nombre de *Cesar-Augusta*, y fué fundada *Augusta Emerita*, hoy Mérida. Esta última fué principalmente poblada por veteranos, en latin *Emeriti*, un gran número de los cuales se avecindaron en Córdoba y Cádiz. Mandó construir un magnífico puente en el Ebro; y el templo de *Janus-Augustus*, cuyas ruinas subsisten aun en Ecija.

Mariana cuenta los sucesos de la guerra cantábrica con alguna diferencia: segun él, en Sejisamo, que cree ser la villa de Bersama en Guipúzcoa, se dividió el ejército romano en tres cuerpos, que ocuparon toda la provincia, excepto las montañas en que los habitantes se habian refugiado. Dice tambien que habiendo Augusto enfermado casi á su llegada; se fué á Tarragona, dejando el mando de su ejército á C. Antistio y á P. Firmio, quienes condujeron una parte contra los galaicos, mientras que Carisio acaudillaba lo restante contra los asturos. Refiere un hecho que es un yerro patente, á saber: que Agrippa vino á España desde el principio de la sublevación de los cántabros y de los asturos, y que le encargaron el mando supremo de las tropas romanas. Los escritores antiguos, que son los mas seguros manantiales de la historia de aquel tiempo, al hablar de aquella primera guerra, no hacen mencion alguna de Agrippa. Hallábase á la sazón empleado en otra parte, y no pasó á España hasta que sobrevino la segunda y última sublevación de los cántabros y asturos, como vamos luego á verlo. Mariana atribuye al yerno de Augusto el haber acudido á las urgencias del ejército romano por medio de una escuadra reunida en el mar de las islas Británicas y en la Armórica, habiendo así precavido el hambre que estaba amagando á los romanos en un país casi estéril. Cuenta en seguida la batalla de Vellica, la retirada de los cántabros al monte Vindio, que él llama monte Irmio ó Vinnio; en fin, refiere lo demás de la campaña casi del mismo modo que se acaba de leer. Segun Mariana, Carisio fué el encargado de conducir y avecindar en Augusta-Emérita la colonia militar. Parece que por aquella temporada estuvo Carisio haciendo un papel grandioso en España, segun las monedas de su tiempo, en que se ven grabada su cabeza por un lado, y en el otro la de Augusto. Ademas de Augusta-Emérita y Caesar Augusta, de las cuales ya hemos hablado, Mariana y Masdeu nombran una infinidad de ciudades y co-

(1) Sic astures, et latentes in profundo opes suas atque divitias dum aliis quaerunt, nosse ceperunt. Id. l. c.

ionias; á las que, segun el uso de entonces, añadieron por sobrenombre Augusta; entre otras *Pax-Augusta*, hoy Béjar, fué fundada en la frontera de Lusitania; Bracara, conocida ya, pero que tomó entonces el dictado de Augusta; dos *Augustobriga*; edificáronse torres (Turres Augusti) en honor suyo por las orillas del Ulla en Galicia, en forma piramidal, á la que parece se agració con el don de la eternidad. Cuando Augusto partió para Roma despues de una guerra que habia durado tres años, tomó una guardia española, como lo habia hecho siendo triunviro, compuesta de calaguritanos, en la que tenia mas confianza que en los soldados de su propio pais. La ciudad de Leon fué fundada en este tiempo bajo el nombre de *Legio-Gemina*. Dispuso César-Augusto que la habitasen dos legiones con el encargo particular de tener á raya á los asturos, en cuyo pais estaba edificada *Legio Gemina*.

Salió pronto Augusto de Tarragona, y confiando á Lucio Emilio el gobierno supremo de la Tarraconesa, partió para Roma, en donde se cerró el templo de Jano por la cuarta vez.

Despues de la partida de Augusto, y aunque por miras políticas apetecia el bienestar de los vencidos, las autoridades romanas siguieron luego el antiguo modo de gobernar. Atropellaron particularmente y desesperaron mas y mas á los pueblos recién conquistados, y pronto acaeció la segunda sublevacion de los cántabros y asturos, que no fué menos terrible en sus resultas ni menos árdua para su reduccion que la primera. Ignórase cómo empezó. Parece que una parte solamente de la poblacion se habia sublevado: el gobernador supremo de la provincia marchó pronto contra los revoltosos, taló sus tierras, incendió sus viviendas, mandó cortar las manos á cuantos prisioneros se cogian, y esta bárbarie obligó á la nacion astura y á sus aliados, los cántabros, á sacudir el yugo del vencedor. Hubo un levantamiento general, que atropelló por varios puntos á las legiones romanas. Es el pormenor de esta guerra una repetición incesante de las anteriores, sin que se particularizase refriega alguna con circunstancias peculiares, pues por parte de los naturales descolló siempre el ardimiento portentoso y sin igual que tenian ya manifestado, y tal vez con recrecimientos de pujanza y ferocidad. Duró el vaiven largo plazo sin ventaja alguna para los romanos, cuando Augusto se valió de Agrippa á fin de que pusiera término á tan dilatada guerra. Agrippa, que se hallaba entonces en las Galias, pasó á España, persuadido de la llaneza y brevedad de su empresa, atribuyendo tanta resistencia y descalabró á la im-

pericia de los generales empleados hasta entonces; pero no tardó mucho en desengañarse, pues halló en aquellos bárbaros contrarios mas formidables que los germanos, contra los que habia guerreado. Fué derrotado al pronto, y tuvo que retirarse; el desaliento que habia causado aquella guerra á los soldados romanos, le aterró; era mas que cobardía, era asombro; el ímpetu imponderable de los enemigos en el avance, sus alaridos montaraces, su traza fiera, todo contribuía á horrorizar á las legiones, estremándose el pavor hasta el punto de marchar muy á su despecho contra unos bárbaros tan aterradores. Entonces Agrippa restableció con toda severidad la antigua disciplina; se esmeró en desacobardar al soldado con arengas briosas; pero les anunció al mismo tiempo que castigaria con todo el rigor de las leyes militares á cuantos quebrantasen aun levemente su debido instituto. A pesar de sus conatos, en la primera refriega las legiones quedaron igualmente despavoridas, y pelearon casi todas con suma flojedad. Habiéndose una portado peor que las demás, conceptuó forzoso el castigarla ejemplarísimamente: la declaró indigna de llevar el nombre de *Legion Augusta*, y la deshizo por entero. Esta severidad, que habia lastimado tanto el pundonor romano, reanimó algun tanto el valor de los demás soldados de aquel ejército; el general emprendió la guerra con tropas mas esforzadas, venció al enemigo en varios encuentros, y habiendo sorprendido á los cántabros en un llano, se trabó una batalla general, en la que vino á quedar absolutamente vencedor. Confesó él mismo que ninguna guerra le habia sido mas trabajosa y árdua para lograr su terminacion. Fué luego á fuer de victorioso invadiendo toda la Cantabria, y se posesionó de todas sus poblaciones, pasando á degüello á cuantos naturales caian en sus manos. Feneció, pues, todo cántabro armado, quedaron arrasados los pueblos altos, y dueño ya de todo el pais, precisó á los ancianos, mujeres y niños, únicos restos de la nacion, á desamparar las montañas y avecindarse en las llanuras á la vista de sus dominadores (1).

(1) El avasallamiento de los cántabros causó suma sensacion en Roma, y al mismo tiempo que se congratulaban de habertos subyugado, no ocultaban el aprecio efectivo que sus denotados conatos les habian infundido. La literatura, *Eco de la sociedad*, se encargó de pregonar este pensamiento.

Cantabrum indoctum juga ferre nostra.

Horacio, l. II, od. 4.

Cantaber será domitus catena.

Id., l. III, od. 8.

Cantaber non ante domabilis.

Id., l. IV, od. 14.

Esta fué la última guerra de los españoles contra los romanos, esto es, el postrer conato de la parte mas briosa de la nacion contra la opresion estrangera. Al volver Agrippa á Roma, se desentendió del triunfo por modestia ó lisonja, endiosando á Augusto, bajo cuyos auspicios habia guerreado, con la gloria esclarecida de toda la expedicion. Agrippa hizo esculpir en Roma dentro de un magnífico pórtico un mapa ó figura geográfica de las tres provincias de España, tales como las conocian entonces los romanos.

España, de la que ha dicho Tito-Livio: «Que fué la primera parte del continente que ocuparon los ejércitos romanos, y la última que avasallaron, acababa de fallecer en el trance mortal. En la época que estamos historiando, habian mediado ya dos siglos desde que los romanos habian entrado en la península; pero su política fementida y propia de conquistadores, su ciega confianza en su poder y su engreimiento atropellador, retardaron mas bien que favorecieron la trasformacion de España en provincia romana. Los sucesos nos han ido retratando cuanta sangre y fatiga les costó esta conquista, siempre pronta para volar de sus manos. Tales fueron los resultados de la conducta irracional de los romanos. De este modo Roma tuvo que tratar siempre con enemigos, en vez de aliados ó súbditos interesados en su engrandecimiento por las ventajas que pudieran haberles redundado. Doblegábanse los vencidos, mas no yacian avasallados ni convertidos en súbditos de la república; tan solo se postraron á sus vencedores, cuando ya desangrados tenia la resistencia que sobrepajar á las fuerzas humanas. Los hemos presenciado echando el resto de su teson y entereza en defensa del suelo nacional. Arrollábanlos legiones y mas legiones con la disciplina romana, pero mayor era el número de los que morian que de los que se entregaban, y los que podian sobrevivir las derrotas cavilaban dia y noche en volver mas y mas á pelear.

¿A quién cupo tropezar, viajando por Italia, con una *maleza* entre Roma y Ostia? No es una selva, sino una campiña brotadora y anchurosa, euajada toda de plantas diversas, zarzas y matorrales tronchados acá y acullá por la segur del carbonero, batallando mas y mas con el empuje nativo con toda una naturaleza vividora é inexhausta que no bien cesan de atormentarla, retoña y descuella con redoblada fuerza. Tal es el retrato vivo de toda nacion empapada en un quilo animador y sobrehumano, que la cuchilla del prepotente pue-

de atajar y derrumbar, pero que se rehace á la primera coyuntura propicia, en ademan de recobrar sus derechos y su gentileza: esta maleza está delineando á la nacion española bajo el señorío militar de los romanos.

En cuanto abarca el plazo dilatado que acabamos de historiar, fué siempre regida España por la cartilla de los gobiernos militares mas ó menos despóticos, mas ó menos desangradores, segun el temple de los caudillos encargados de la potestad, pero siempre absolutos por esencia, arbitrarios, inhumanos, sin mas objeto que el dominio de los pueblos, en vez de su bienestar y prosperidad. La república romana no sabia gobernar de otro modo los paises conquistados; conceptuó á la península como una mina de riquezas, adecuada en el desempeño cabal de sus intentos ambiciosos, para desentrañarle todo género de auxilios, mantener sus ejércitos, y saciar la codicia de sus mandarinnes. Los dos primeros Escipiones procedieron con agrado y suavidad, porque valian mas que la mayor parte de sus sucesores, y tal vez por exigirlo así la política de entonces. Habiendo sido los primeros en venir á una region nueva, mal enterados de la disposicion de los habitantes, celosos del poderío de los cartagineses á quienes ansiaban aventar del pais, deseosos de establecer en él la potestad romana, ajustaban su conducta á la necesidad de las circunstancias. Su primer paso fué comprar á los pueblos la alianza de Roma; los indujeron á abrazar su causa, ya que no les cabia preciarla, sin que les quedase otro rumbo que seguir por entonces; pero no dejaron de sacar de aquellos pueblos con quienes trataron primero un crecido número de auxiliares con que rellenar las filas de sus ejércitos, y con que irlos conservando para economizar á un tiempo y á costa de los nuevos aliados los caudales y la sangre de los romanos. Es verdad que el jóven Escipion mostró suma honradez en sus primeras relaciones con los españoles, y aparentó que su objeto único era bienquistarse con ellos. Cuando, despues de haberse apoderado de Cartagena, juntó por la primera vez una especie de asamblea nacional, segun llevamos dicho, declaró que se necesitaban cuantiosos auxilios para continuar la guerra; logró en efecto dinero, tropas y víveres en abundancia; los españoles podian ver desde entonces que no habia hecho mas que mudar de amos; era evidente que los romanos no habian acudido en su auxilio contra sus conquistadores, sino á fin de conquistarlos para sí mismos. Vencidos los cartagineses con la ayudá de